

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

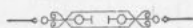


CUADRO DE ALFREDO VALENZUELA PUELMA



SANTIAGO—Oficina Central: SANTO DOMINGO, 1061

Teléfono Americano, 241



Teléfono Nacional, 47

Los quemadores de gas incandescente son adaptables á toda clase de lámparas, y la Compañía los coloca sin gravamen para el propietario. Dan una economía en gas de 40% y más del doble en poder alumbrante, con relación á los quemadores antiguos.

PRECIOS:

Quemadores con mecha y tubo colocados.....	\$ 2.00
Tubos reemplazantes, colocados.....	» 0.40
Mechas reemplazantes, colocadas.....	» 0.30

Hay en venta un gran surtido de artículos para gas incandescente.

Gran variedad en Globos, Rosas de cristal y Tubos de diferentes formas.

El Gas que se consuma en el uso de las Cocinas, Motores ó Industrias, siempre que esté deslindado dicho consumo por medidores, la Compañía cobra solamente \$ 3.20 por el mil de pies cúbicos y arrienda medidores con este objeto.

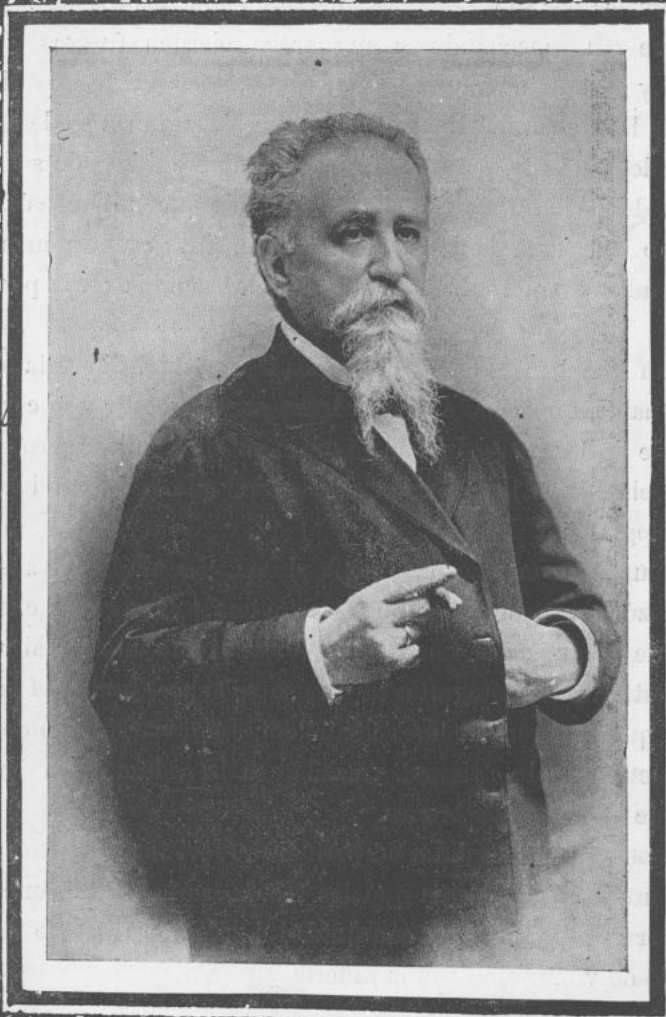
INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año I

Santiago, Abril 22 de 1900

Núm. 4



DON EDUARDO DE LA BARRA

† el 9 del presente

UN CHILENO ILUSTRE

Era don Eduardo de la Barra hombre de inteligencia firme, de rara laboriosidad no turbada por las inclemencias que para él tuvo la vida, de carácter enérgico y bien templado como la hoja toledana. Y este conjunto que forma al sabio y que pesa más que muchas barras de plata, lejos de caer al fondo social de donde no se levantan las medianías, tuvo alas de poeta para volar por sobre muchas miserias y muchos escollos.

Los trenes que van repechando en su marcha pierden fuerzas y vigor, llegan más tarde á su destino y gastan mucho más el rodaje de acero que los mantiene y los impulsa. Don Eduardo de la Barra caminó siempre cuesta arriba y nunca se detuvo para descansar.

Fué investigador paciente, pero no alcanzó á matar el hielo de su estudiosa crítica el calor y la fantasía del poeta. Fué polemista incansable que usó, no sólo ese poderoso machete del silogismo que mata la duda de un golpe, sino esa otra arma del ingenio que hace heridas profundas y penetra hasta lo más hondo, como la sorda punta de acero de un estoque.

Era un paladín que á fuerza de vivir en los tiempos del Cid restaurando viejos y empolvados poemas, había aprendido á usar la lanza para embestir y la coraza para defenderse. Don Eduardo de la Barra agredía con denuesto en la polémica, pero se revestía de cierta vanidosa indiferencia contra los tiros del adversario, que lo hacían invulnerable, como el Aquiles de la mitología.

Era, pues, el luchador más acabado de la pluma. La pluma en sus manos era flecha, era estilete, era punzón, era rodela de bronce tras la cual se recogía su cuerpo y su cabeza.

No se puede negar que en el escenario de nuestra vida intelectual y política, tan parecido á ciertos muestrarios de fotografía en que se ve la *pose* hecha *ad hoc* para la exportación, y el retoque que desfigura la línea verdadera; era don Eduardo de la Barra una personalidad con carácter propio, original, trazada con la rudeza de la figura de *terracotta* y con la resistencia de la estatua de bronce.

Deja numerosos trabajos perdidos en periódicos, revistas y folletos sueltos; y como no es fácil que haya una mano generosa que los recoja, sería conveniente que la protección del gobierno conservara en una obra con unidad de plan, el fruto de esa cultivada inteligencia que no dejó de vibrar sino con la muerte.





El caballero Bartes

Eran esos tiempos en que había justas y torneos, en que los caballeros vestían casco y coraza, en que las damas escuchaban las trovas cantadas al pie de sus ventanas, y en que subían por la noche los trovadores á decir frases de amor con una mano sobre el puño de la espada y la otra rodeando el blando talle de la castellana. Eran esos tiempos en que la guerra y el amor se disputaban el imperio del mundo, y en que los casos graves y difíciles se resolvían por el ministerio de las hadas.

El joven caballero Bartes había sido trovador. En las noches de luna pulsaba el laúd al pie de los castillos, y era fama en toda una vasta comarca, que á sus notas habían caído desmayadas de amor muchas mujeres hermosas. Las manos del joven caballero Bartes eran blancas y finas, y tan bien pulsaban las cuerdas del laúd arrancándoles notas hasta entonces desconocidas, como acariciaban cabelleras negras de las morenas castellanas haciéndolas languidecer de dicha.

Bartes aspiraba unirse á una princesita de quince años, muy rubia, con unos ojos muy verdes, distinta á las ardientes mujeres de su país, que había conocido en unas tierras lejanas. Siete duques habían solicitado su mano, y la princesita Silma pensaba y meditaba plácidamente

para resolverse, porque era muy niña, muy inocente y muy poco aficionada á los guerreros.

Muy á menudo había en el castillo de los padres de Silma, que eran hijos de reyes, torneos en que los siete duques lucían la destreza de sus lanzas de plata y la agilidad de sus caballos blancos como la nieve.

Pero, en cambio, en las noches de luna, Silma oía al pie de su ventana unas armonías desconocidas, que ni eran voces de ángeles, ni música guerrera, y que le conmovían esa alma y ese cuerpecito de virgen que habían formado quince primaveras seguidas, con la esencia de las flores del contorno.

Un día Silma separó las ramas verdes de la madre selva, que ya entonces servía para encubrir castamente las imprevistas desnudeces de las veladas de amor, y asomó la rubia cabeza. Abajo, parado al pie de la tupida enredadera, un trovador moreno y de negros ojos, pulsaba el laúd y clavaba en su ventana la amorosa mirada que jamás había encontrado en los siete duques de caballos blancos.

¿Me querrá á mí ese hombre?—pensó Silma. Y en su alma de quince años, cerrada aun á los misterios del amor, sintió un estremecimiento. Quisiera irme con él—pensó—á un país en que las mujeres tengan también los ojos negros y negro el cabello, en que se ame mucho á la luz de la luna, en que no se sienta ruido de armas.

Pero Bartes había terminado ya su canción y se alejó tristemente á la luz de la luna hacia el país en que todos tenían ojos negros, en que había un cielo muy azul, unas montañas verdes y unas mujeres de mirada ardiente.



En un bosque cerca del castillo del joven caballero Bartes, en que sucedían cosas misteriosas y no oídas, había una hada joven que aparecía sólo en las noches de luna y que protegía los amores contrariados. Ella habló á Bartes de la virgencita rubia y sopló en el oído de Silma el primer incendio de amor. Y hubo escala de cuerdas y hubo un caballo negro en que escapó Silma al lado de Bartes y llegaron ambos al castillo y ya no pudieron ver á la hada joven que aparecía en las noches de luna y protegía los amores contrariados.

Esa noche los siete duques llegaron con muchísima gente armada de lanzas, rodearon el castillo de Bartes, que no tenía servidores, y tomando á Silma por la cintura, huyeron con ella sin dar oídos á su llanto de niña.

Bartes quedó solo y resolvió no seguir viviendo, ya que sin servidores no era posible poner sitio á los siete duques. Y cuando iba á lanzarse desde la torre del castillo hacia el foso más hondo que lo circundaba, una voz de mujer le dijo: *Oye Trovador*. Era el hada del bosque:

«En el bosque en que yo vivo hay antiguos combatientes que murieron en una batalla muy lejana. Sobre cada combatiente creció después un árbol—créelo, Bartes—y yo tengo facultad de hacerlos revivir. Marcha tú sobre los siete duques, sin mirar nunca hacia atrás, y de cada árbol del bosque irá saliendo un combatiente armado, y cuando salgas del bosque irá tras de ti un ejército más numeroso que el de los siete duques unidos.»

El hada estrechó á Bartes con sus largos y jóvenes brazos, y Bartes salió del Castillo, animado por extraña fortaleza. La noche estaba serena, plateada, sobre la negra silueta del bosque. Bartes sentía sonar sus pasos solitarios sobre el suelo, y dudaba mucho de la hada joven, porque aunque era su amiga, no tenía todavía el saber de las hadas viejas.

Entró al bosque cuando el silencio era intenso, y avanzó con valor. Un estremecimiento recorrió su cuerpo; otros pasos sonaban tras de sí, otros que no eran los suyos y que parecían de un hombre pesado por las armas.

Los pasos aumentaban á medida que se internaba en el bosque. Ya no era un guerrero, eran cien guerreros que marchaban con el sordo rumor de sus zapatos de acero. Bartes no miraba sino hacia el frente, y sentía con honda emoción y extraño temor cómo aumentaban los guerreros y cómo el rumor de la marcha parecía ya un trueno.

Había roce de las mallas de cuero con la corteza de los árboles, ruido de choques de las lanzas con las corazas, acompasado golpe de los pies calzados de acero reluciente. Y el rumor era cada vez más grande, porque los guerreros iban centuplicándose cuanto se iba haciendo más espeso el bosque.

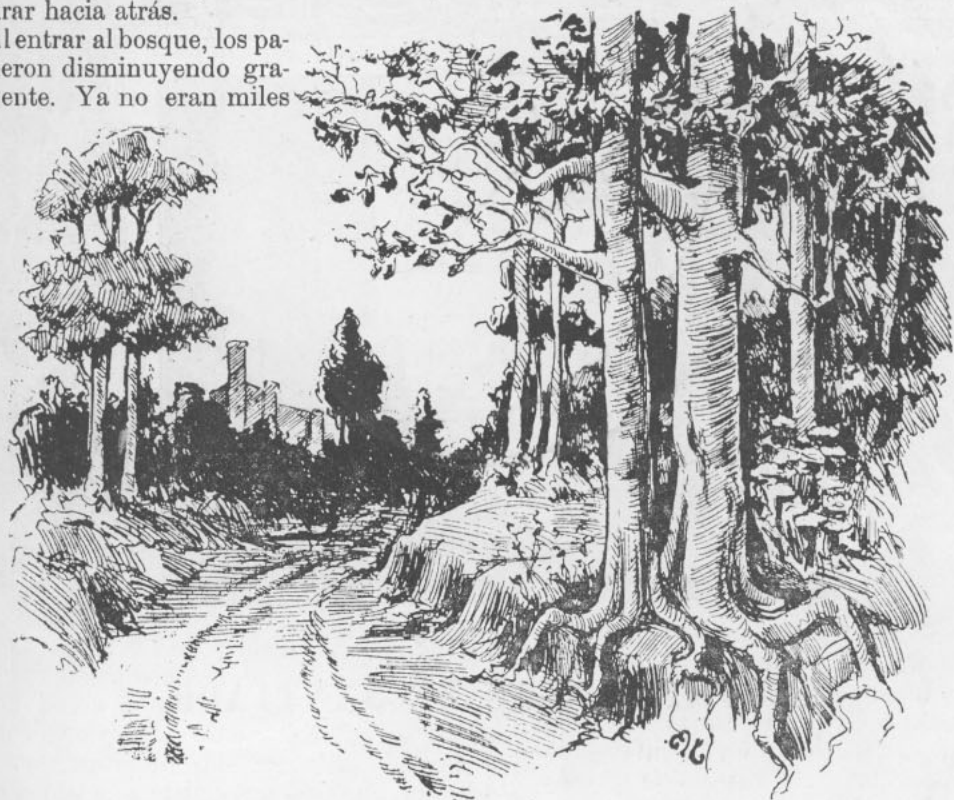
A lo lejos se dibujó la silueta del castillo de los siete duques, y un agudo sonido del cuerno de cobre de la atalaya armada en la más alta torre, rompió los aires y fué saltando en ecos cortados y deshechos, hasta ya no sentirse.

Al sonido de ese cuerno de alarma respondieron los guerreros que seguían á Bartes con un clamoreo de otros tiempos muy antiguos, que ya no se usaba entonces, ni habrían podido darlo las gargantas humanas.

El combate comenzó cuerpo á cuerpo porque los siete duques salieron fuera de los muros, y los guerreros de Bartes, vestidos de extraña manera, los decapitaron al cabo de una hora de reñida pelea, y dejaron millares de cabezas tapando los fosos del castillo.

Silma cayó desmayada en brazos del joven caballero Bartes que se volvió al castillo, sin mirar hacia atrás.

Al entrar al bosque, los pasos fueron disminuyendo gradualmente. Ya no eran miles



sino cientos, ya no eran cientos sino uno, 'ya no eran sino los pasos de Bartes que llevaba sobre sus hombros la liviana carga de la pálida y desmayada virgencita.

A la puerta del castillo estaba la joven hada con los ojos llorosos, sentada en la escalinata de piedra.

«Convidame en pago—le dijo á Bartes—á presenciar muda este festín de amor. Yo no tuve hada que me uniera al hombre amado. Hoy inconsútil ya, me contento con ver cómo se aman los que yo uno á la luz de la luna.»

Y es fama que al día siguiente se encontró al pie de cada árbol del bosque una mancha de sangre.

BOABDIL

(Dibujos de los señores C. y J. B. V.)



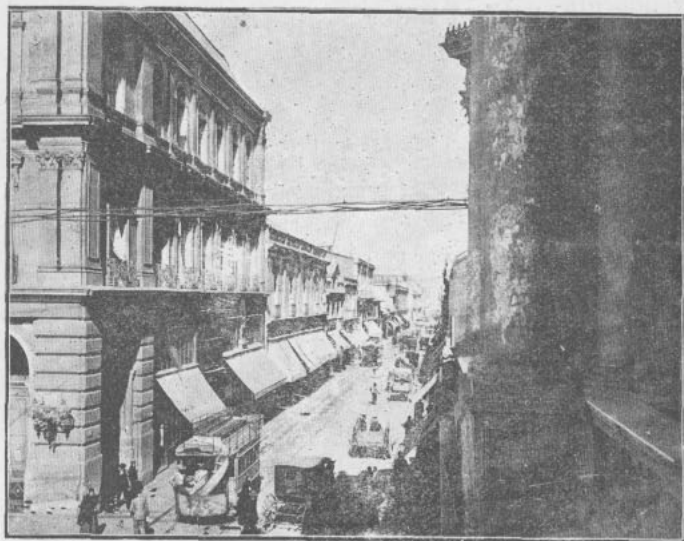
La Portada de nuestro número de hoy es un cuadro del distinguido pintor don Alfredo Valenzuela Puelma, justamente estimado como un colorista eximio. El cuadro representa á una gitana de Sevilla que sirvió de modelo al señor Valenzuela para muchos de sus espléndidos estudios.



La Compañía Tomba.—Afortunada ha estado la espléndida Compañía que actúa en el Municipal, poniendo en escena *La Bohème*, ópera favorita del público santiaguino.

El tercero y cuarto actos de la ópera han sido espléndidamente ejecutados, no siéndolo tanto los dos primeros. De todos modos, el esfuerzo que representa la ejecución de *La Bohème* en tan buenas condiciones, merece el aplauso y la protección de todos.

Damos hoy á nuestros lectores el retrato de don Emilio Marangoni, el simpático é inteligente actor que entusiasma al público en el *Vendedor de Pájaros* y en *D'Artagnan*.



INSTANTÁNEAS DE SANTIAGO

IV

LA CALLE DE AHUMADA

Todo santiaguino que sale de su casa y se mueve sin rumbo fijo, va á parar en definitiva al *centro*.

Las hermosas santiaguinas, cuando están de vacaciones y por consiguiente lejos de la ciudad, se sienten *fuera de su centro*.

Y es el centro de ellos y de ellas, de ocupados y de vagos, esa concentración de comercio, de actividad y de negocio, tan estrechamente limitado por cuatro calles centrales.

La de Ahumada es una, y no la menos importante. Por el aire cruzan las palabras, enredadas en esa gran red de hilos de cobre; por el medio de la calle pasan incesantemente los tranvías, desde el prosaico y anti-artístico coche de posta hasta el legendario carro urbano; y por las veredas una corriente no interrumpida de compradoras y curiosas que no dan descanso á sus ojos para mirarlo todo, ni á sus dedos para probar si los géneros son de lana ó algodón.

¿Dónde la conociste tú? se le pregunta á un recién casado, refiriéndose á su mujer.— En el centro—responde él.

¿Dónde se ven ustedes? se le pregunta á un novio que todavía no visita la casa. En el centro—responderá seguramente.

Porque ese es el centro de muchísimos ramos de la actividad humana, comenzando por el amor y terminando por la prosaica tarea de comprar el «lienzo blanco» para los forros y demás ropa interior.

Primero es la misa, una misa mal oída, con la cabeza llena de pájaros con alas inquietas y juguetonas; después la gira por el centro, mirando las vidrieras, esgrimiendo la florentina arma de los ojos bajo el manto, y llevando el portamonedas de cuero ruso en las manos, para que le sea más fácil á los rateros arrebatarlo y echar á correr.

En la calle de Ahumada, cuyo nacimiento en la Plaza representa nuestra instantánea de hoy, está la desembocadura del Portal, donde se paran en la tarde los *hatitués* á devorar

con la vista á las mujeres en traje *de calle*, que han andado modestamente en la mañana en traje de iglesia.

Allí está la vidriera de Hume, donde se exhiben las novedades ilustradas de la guerra del Transvaal, y retratos de la reina Victoria en todas las posiciones imaginables.

Y allí está también la peluquería de Jardel, en que uno se afeita y oye hablar á los caudillos políticos y diputados, Ministros y otros personajes, por el módico precio de cuarenta centavos.

¿Vale ó no la calle de Ahumada?

Aunque no tuviera nada más que el risueño atractivo de las mañanas, en que se ven por allí tantas caras hermosas y tantas figuras arrogantes, la calle de Ahumada sería el corazón de Santiago.



El Rey de los Suplementeros

Hicimos bien al declarar en nuestro primer número que, al dar retratos, no nos apoderaríamos de las personas cuyas fueran las fotografías.

Esto es, no diríamos: nuestros periodistas, nuestros poetas, nuestros jurisperitos, nuestras hermosas, nuestras... etcéteras.

Porque habríamos ido á parar á *nuestros suplementeros*, unos de cuyos ejemplares tenemos el honor de presentar á los lectores de INSTANTÁNEAS.

Perdónenos el respetable hombre público; nosotros no tenemos la culpa de que á nuestro héroe le llamen *Pedro Montt* los granujas sus compañeros, el público que le compra los diarios, los periodistas, los guardianes que le suelen «honrar» con su compañía, y la misma madre que le echó al mundo.

Porque al revés del distinguido estadista (y volvemos á pedirle perdón), que no tiene en mucho la popularidad, que prescinde de ella, *Pedro Montt*, parece necesitarla por razón de vida, de conservación: «la popularidad es á nuestro suplementero, señores, como el sol á las flores, el agua á los peces, el aire á los pájaros.»

Sólo así se explica que no exista teatro, peluquería, tienda, restaurant... ni comisaría en Santiago, cuyo suelo no haya sido pisado por la pata pelada de *Pedro Montt*.

Sus compañeros le quieren. Es generoso á su manera. Comparte con los demás el *pequén* de la mañana, ó la *humita* de la tarde. Y en seguida les arrima un par de sopapos... para apurar la digestión. Es orador, artista, actor y clown. Todo, por supuesto, por imitación. Si no se me enojara, diría que es un mono... y á mucha honra...

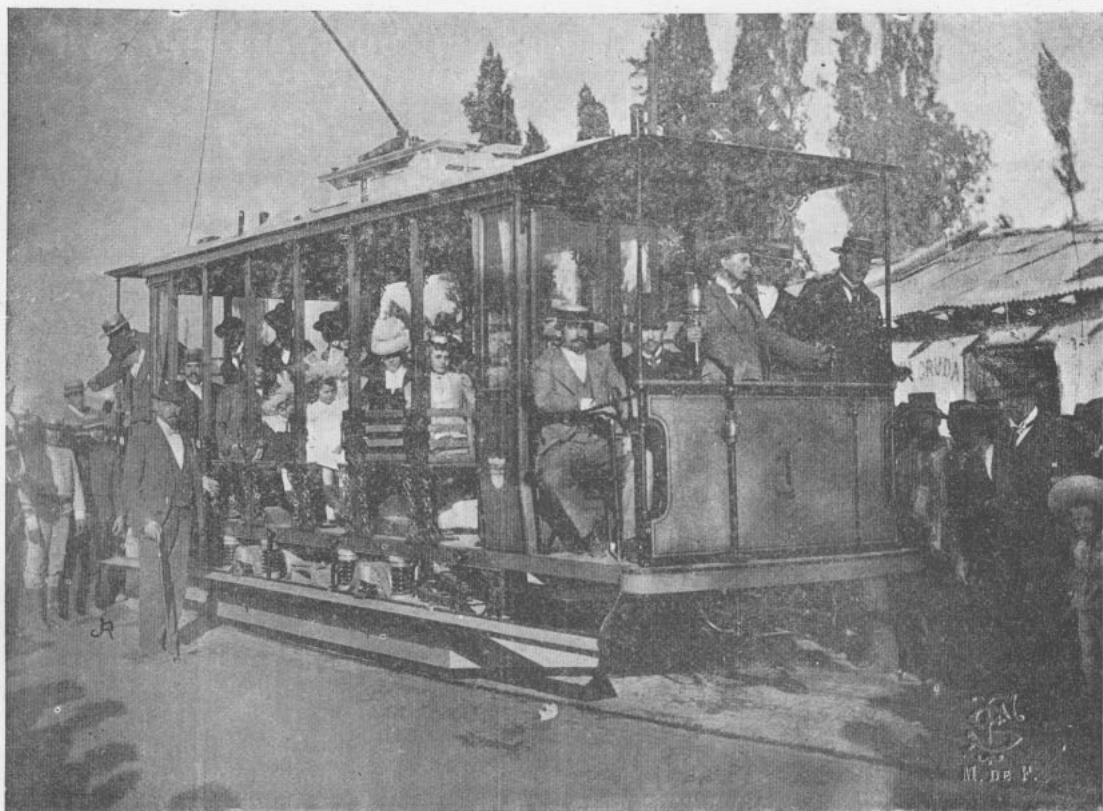
Tiene también enemigos. ¿Quién no los tiene? Los más caracterizados son el agua y el peine, los guardianes y los zapatos. Podría agregarse á esta lista su nombre de pila; hay razones para creer que le tiene mala voluntad.

Tal es, señores, el simpático negro con que INSTANTÁNEAS «adorna» sus columnas.



B G.





YA TENEMOS ELECTRICIDAD

He ahí un carro eléctrico.

He ahí esa realidad tan discutida, tan comentada, tan poco creída.

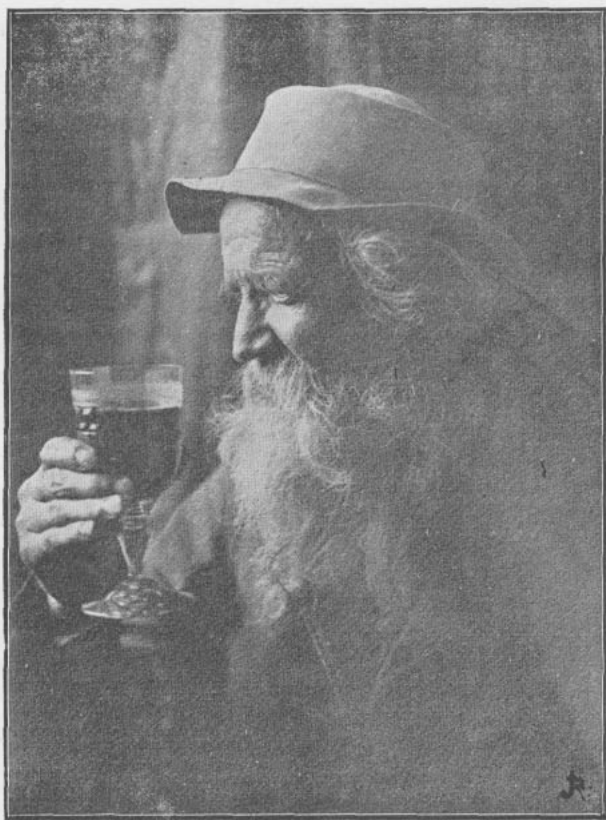
Santiago dejará de ver en sus calles centrales las lastimosas escenas de los caballos con hambre, con sed y con dolencias físicas profundas, que deteniéndose de repente en la línea, parecían decir: *aquí nos quedamos*. Y allí se quedaban, y era inútil que lloviera sobre sus lomos los desapiados huascasos del cochero, y los insultos—más escocedores aún que los huascasos—de la conductora, y las patadas desenfrenadas del *judas*, unido ante el peligro con el policial del punto y un comedido cualquiera.

Todo era inútil; esos carros tenían sobre sí la inercia de la materia que es inconsciente y la inercia de los caballos que es consciente y deliberada, y que probablemente revuelven en tales ocasiones en sus vacías entrañas ese proverbio: *el que no trabaja no come*, aplicándoselo á la propia situación en esta forma: *el que no come no trabaja*.

Se van los viejos carros urbanos, se van con sus imperiales, que son nidos de amor *cursi* en el verano y recipientes de aguas-lluvias en el invierno! Se van con sus conductoras que, como los terrenos de secano, abominan del agua, y sienten también profunda aversión á la peineta y á la ropa limpia! ¡Se van con sus *judas* que con la linterna en una mano y el corazón apasionado en la otra, requerían de amor á sus amigas de rulo! ¡Se van con sus cocheros, diccionarios vivientes de insultos nacionales y nacionalizados! ¡Se van!

¿Y qué nos queda? El carro eléctrico, esa *diablura*, como dicen los rotos, que no va á necesitar de caballos y que van á andar *solos* por las calles.

El gran negocio de la *Chilian Electric Tramway and Light Company Limited* está en la economía de huascas, que va á tener con el nuevo sistema de locomoción.



DEL NATURAL

(Fotografía de don Eduardo Guzmán)

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

Presentamos hoy á nuestros lectores un hermoso estudio del natural, que ha tenido la bondad de remitirnos don Eduardo Guzmán, entusiasta aficionado á la fotografía, que ha alcanzado brillantes resultados en arte tan hermoso y tentador.

La fotografía artística, en que está unida á la bondad y perfección del trabajo mecánico del fotógrafo el talento que dispone la composición de los grupos, la línea de los paisajes, los juegos y contrastes de luz de la naturaleza, viene á suplir en las grandes revistas europeas el trabajo del dibujante y del pintor. Si al pie de esas reproducciones fotográficas no se expresa que son copias del natural, se las creería cuadros de manos maestras por la artística disposición de las figuras, el estudio concienzudo de la luz y de la sombra y la serenidad clásica de la composición.

En Santiago hay un grupo de distinguidos fotógrafos á quienes sólo puede llamarse aficionados, porque no hacen de este arte su oficio; pero que en cuanto á los resultados de su trabajo, son verdaderos maestros.

El señor Guzmán, una de cuyas fotografías presentamos hoy, don Luis Dávila Larraín, don Eduardo Matte, don Ramón Cruz Montt, don Alberto Lira y otros caballeros, forman un núcleo de amantes de la fotografía que ha llegado á hacer trabajos dignos de Puyó, uno de los primeros fotógrafos del mundo.

INSTANTÁNEAS honrarán á menudo sus páginas con estos trabajos, que serán siempre delicados, artísticos y de sumo interés.

(CUENTO ESPAÑOL)



Señor EMILIO MARANGONI
Compañía Tomba

Siempre la había visto sobre su mesa, al alcance de su mano, bonita, que á veces se entretenía en acariciar la tapa suavemente; pero no me era posible averiguar lo que encerraba aquella caja de filigrana de oro con esmaltes finísimos, porque apenas intentaba apoderarme del juguete, su dueña lo escondía precipitada y nerviosamente en los bolsillos de la bata, ó en lugares todavía más recónditos, dentro del seno, haciéndola así inaccesible.

Y cuanto más la ocultaba su dueña, mayor era mi afán por enterarme de lo que la caja contenía. ¡Misterio irritante y tentador! ¿Qué guardaba el artístico chirimbolo? ¿Bombones? ¿Polvos de arroz? ¿Esencias? Si encerraba algunas de estas cosas tan inofensivas, ¿á qué venía la ocultación? ¿Encubría un retrato, una flor seca, pelo? Imposible: tales prendas, ó se l'evan mucho más cerca ó se custodian mucho más lejos: ó descansan sobre el corazón ó se archivan en un secreter bien cerrado, bien seguro... No eran despojos de amorosa historia los que dormían en la cajita de oro, esmaltada de azules quimeras, fantásticas rosas y volutas de verde ojiacanto.

Califiquen como gusten mi conducta los incapaces de seguir la pista á una historia, tal vez á una novela. Llámenme enhorabuena indiscreto, antojadizo, y por contera, entremetido y figsón impertinente. Lo cierto es que la cajita me volvía tarumba, y agotados los medios legales, puse en juego los ilícitos y heroicos... Mostréme perdidamente enamorado de la dueña, cuando sólo lo estaba de la cajita de oro; cortejé en apariencia á una mujer cuando sólo cortejaba á un secreto; hice como si persiguiese la dicha... cuando sólo perseguía la satisfacción de la curiosidad. Y la suerte, que acaso me negaría la victoria si la victoria realmente me importase, me la concedió... por lo mismo que al concedérmela me echaba encima un remordimiento.

No obstante, después de mi triunfo, la que ya me entregaba cuanto entrega la voluntad rendida, defendía aún, con invencible obstinación, el misterio de la cajita de oro. Un día tras otro, empleando yo zalamerías coqueterías ó repentinas y melancólicas reservas, discutiendo ó bromeando, apurando los ardides de la ternura ó las amenazas del desamor, suplicante ó enojado, la dueña de la caja persistió en negarse á que me enterase de su contenido, como si dentro del lindo objeto existiese la prueba de algún crimen.

Repugnábame emplear la fuerza y proceder como procedería un patán, y, además, exaltado ya mi amor propio (á falta de otra exaltación más dulce y profunda), quise deber al cariño y sólo al cariño de la hermosa la clave del enigma. Insistí, porfié, me sobrepujé á mí mismo, desplegué todos los recursos, y como el artista que cultiva por medio de las reglas la inspiración, llegué á tal grado de maestría en la comedia del sentimiento, que logré arrebatar al auditorio. Un día que algunas fingidas lágrimas acreditaron mis celos, mi persuasión de que la cajita encerraba la imagen de algún rival, de alguien que aun me

disputaba el alma de aquella mujer, la vi demudarse, temblar, palidecer, echarme al cuello los brazos y exclamar, por fin, con sinceridad que me avergonzó:



Fotografía de D. Luis Figueroa

TEATRO SAN FELIPE

(Antes del siniestro)

que padecía (pues soy muy débil), sino que he gozado salud envidiable. Te empeñaste en averiguar... Lo conseguiste. Para mí vales tú más que la salud y que la vida. Ya no tengo panacea, ya mi remedio ha perdido su eficacia: sírveme de remedio tú; quíereme mucho y viviré.

Quedéme frío. Logrado mi empeño, no encontraba dentro de la cajita sino el desencanto de una superchería y el cargo de conciencia del daño causado á la persona que al fin me amaba. Mi curiosidad, como todas las curiosidades, desde la fatal del Paraíso hasta la no menos funesta de la ciencia contemporánea, llevaba en sí mismo su castigo y su maldición. Daría entonces algo bueno por no haber puesto en la cajita los ojos. Y tan arrepentido que me creí enamorado; cayendo de rodillas á los pies de la mujer que sollozaba tartamudeé:

—No tengas miedo... Todo eso es una farsa, un indigno embuste... El curandero mintió... Vivirás, vivirás mil años... Y aunque hubiesen perdido su virtud las píldoras, ¿qué? Nos vamos á la aldea y compramos otras... Todo mi capital le doy al curandero por ellas.

Me estreché, y sonriendo en medio de su angustia, balbuceó á mi oído:

—El curandero ha muerto.

Desde entonces la dueña de la cajita —que ya no la ocultaba, ni la miraba siquiera, dejándola cubrirse de polvo en un rincón de la estantería forrada de felpa azul— empezó á decaer, á consumirse, presentando todos los síntomas de una enfermedad de languidez, refractaria á los remedios. Cualquiera que no me tenga por un monstruo, supondrá que me instalé á su ca-

—¡Qué no haría yo por ti! Lo has querido, pues sea. Ahora mismo verás lo que hay en la caja.

Apretó un resorte: la tapa de la caja se alzó, y divisé en el fondo unas cuantas bolitas tamañas como guisantes, blanquecinas, secas. Miré sin comprender, y ella, reprimiendo un gemido, dijo solemnemente:

—Esas píldoras me las vendió un curandero, que realizaba curas casi milagrosas en la gente de mi aldea. Se las pagué muy caras, y me aseguró que tomando una al sentirme enferma tengo asegurada la vida. Sólo me advirtió que si las apartaba de mí ó las enseñaba á alguien perdían su virtud. Será superstición ó lo que quieras, lo cierto es que he seguido la prescripción del curandero, y no sólo se me quitaron achaques



—Mozo! Mozo! ¿Este es un pollo Roentgen?

—¿Por qué señor?

—Porque hace rato que lo estoy mirando y sólo he podido verle el esqueleto



Fotografía de D. Luis Figueroa

TEATRO SAN FELIPE

(Después del siniestro)

oro. Aun contenía las famosas píldoras, y cierto día se me ocurrió que las analizase un químico amigo mío, pues no se daba por satisfecha mi maldita curiosidad. Al preguntar el resultado del análisis, el químico se echó á reír.

—Ya podía usted figurarse—dijo—que las píldoras eran de miga de pan. El curandero (¡si sería listo!) mandó que no las viese nadie... para que á nadie se le ocurriese analizarlas. ¡El maldito análisis lo seca todo!

EMILIA PARDO BAZÁN



LUZ DEL EDÉN

En la primer mañana de encanto y armonía
que el mundo iluminó,
al sér recién nacido, al hombre primogénito
un ángel preguntó:
—¿Qué es lo que más alabas, qué lo que más admiras
en la obra del Señor?

Adán miró las flores y las corrientes aguas,
miró el espacio azul,
del bosque y de los aires oyó la voz armónica
y contestó:—¡La luz!
—La luz del alma, el ángel replica misterioso,
aun no conoces tú!

—He ahí tu esposa, entonces, clamó una voz solemne;
el ser es de tu ser.
Y, rosa sobre lirios, vió Adán alzarse espléndida
una gentil mujer.
Abrió los ojos ella, sonrióle y al instante
se embelleció el Edén.

—Luz de la luz, mi Eva, en ti la vida pongo;
bendigo en ti al Señor!...
él dice, y blandamente la trajo á sí, saltándole
de gozo el corazón.
Ella temblaba tímida; los cielos se entreabrieron,
y descendió el amor.

EDUARDO DE LA BARRA.

PÁGINA DE ÁLBUM

CUÁNTO TARDA (*)

(En el álbum de Graciela).

I

¿Has visto á mi paloma?
Le pregunto á la alondra por la tarde
y á la estrella del alba cuando asoma,
y el ave y el lucero
que aun no viene, me dicen, la que espero.

II

Y una alondra perece
y otra estrella despunta y otra alondra
y mi blanca paloma no aparece,
y mi alma que la aguarda,
cuánto tarda, solloza—cuánto tarda.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA.

(*) Puesta en música por el maestro don Domingo Brescia.

—¿Con que también usted aspira á ser
diputado? ¿Tiene algún empeño?

—Tengo varios.

—¿En Santiago ó en dónde?

—En el Monte de Piedad.

—Señores: estoy convencido de que na-
da puede hacerse sin dinero.

—Está usted equivocado.

—¿Pues qué se puede hacer?

—Entramparse.

INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDAD

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

Número suelto 10 centavos
 Número atrasado 20 »

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.

Se venden números durante toda la semana donde ZAMORANO á la entrada del Portal Fernandez Concha por la Calle del Estado.



Las Novedades Parisienses

SOMBREROS

PARA

SEÑORAS, SEÑORITAS Y NIÑITAS

CAPELINAS toquets de todas clases, verdaderos modelos, \$ 38, 29, 19 90 y..... \$ 15,90

Adornos bonitos, á \$ 8.90 y..... \$ 5,90

Capas y Confecciones, últimas creaciones

LAÑOS para trajes y confecciones (400 colores), \$ 1.60, 3.90, 4.90 5 90, 7.90 y..... \$ 9,90

Cortes de lana y lana y seda.

Un surtido lindísimo exclusivo para la casa.

Para novias, han llegado nuevos surtidos de sederías blancas.

Especialidad en cuellos y pieles.

Ropa blanca, modelos enteramente nuevos.

Guantes Le Sublime

(Único depósito)

CAPAS Fortunio (exclusivos)..... \$ 95.00

SOMBRERO María Stuardo..... \$ 22.90

J. ZAMULO Y LE BESGUE



IMPRENTA BARCELONA, Moneda, 807 á 843